

# ¿Por qué y cómo traducir a W. Busch al castellano?

por Mercedes Neuschäfer-Carlón\*



WILHELM BUSCH, ANAYA, 1990.

*Wilhelm Busch (1832-1908), escritor, pintor, dibujante y caricaturista, es uno de los clásicos de la LIJ al que debemos dos personajes emblemáticos como Max y Moritz, esos chicos malos y traviesos que hacían la vida imposible a sus vecinos. Desde su publicación en Alemania, en 1865, la obra ha sido leída por las sucesivas generaciones de niños alemanes y, gracias a su traducción a más de veintiocho idiomas, también ha podido ser disfrutada, aunque menos intensamente, por los de todo el mundo. En este artículo, la traductora del texto al castellano habla del autor y de los motivos y las dificultades que encontró a la hora de trasladar a nuestra lengua las aventuras de Max y Moritz y también las de Plisch y Plum, dos perritos traviesos que también han dado fama a Busch.*

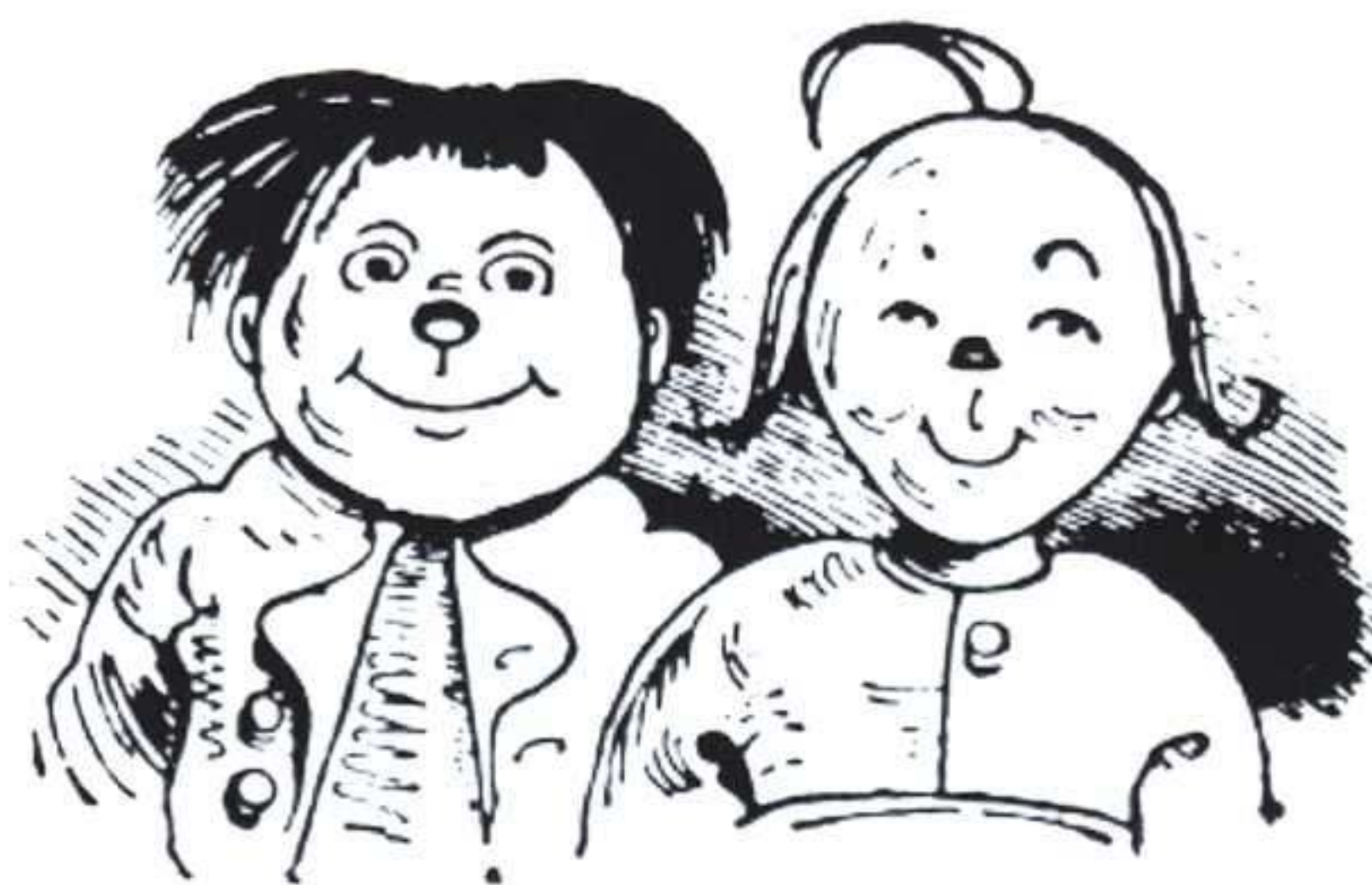
Hace algún tiempo una revista especializada me pidió un artículo sobre la literatura alemana para chicos. Bajo el título: «¿Qué leen Hans y Gretel? Observaciones sobre los libros infantiles y juveniles alemanes», hable en él de los libros más conocidos y leídos en Alemania. Empecé el artículo tratando de dos que prácticamente leen allí todos los niños desde generaciones: *Der Struwwelpeter* y *Max und Moritz*, ambos en verso y también los dos del siglo pasado. Tanto el uno como el otro se me antojaban entonces intra-

algunos casos, no con el texto sino con el dibujo que le acompaña. Busch puede leerse —y entenderse— de formas distintas. Su doble fondo de interpretación ha dado lugar a críticas diametralmente opuestas: desde considerar a Busch un propagador de rebeldía, como ocurrió al publicarse *Max und Moritz* en (1865), hasta tacharle de autor represivo como los antiautoritarios del 68 han hecho. Pero siempre de nuevo ha sido leído con entusiasmo por los chicos y por los mayores también.

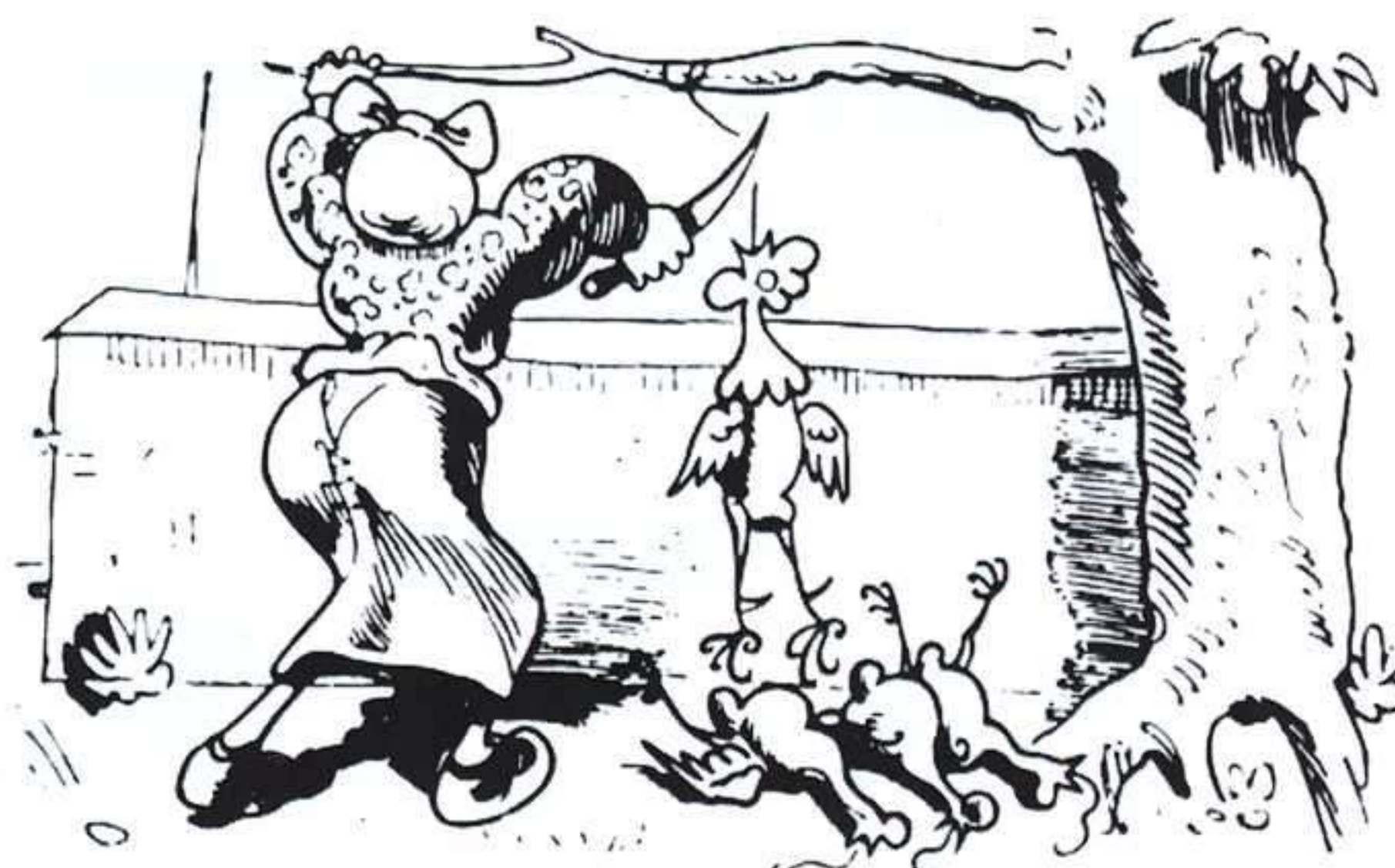
Otro motivo es su valor histórico. Wil-

los chiquillos escandinavos, franceses, ingleses, españoles... es prácticamente lo mismo. He pensado, además, que en una Europa unida sería importante que cada país conociese el bagaje cultural de los otros y, bajo este aspecto, pienso que para Alemania, Wilhelm Busch ocuparía el número uno. Sus personajes y algunos de sus versos son proverbiales. ¿Quién no conoce allí a Max y Moritz, a la viuda Bolte, a Plisch y Plum, al maestro Lämpel?

Y, por último, ¿por qué no he de confesarlo?, también el hacer esta traduc-



WILHELM BUSCH, MAX Y MORITZ, ANAYA, 1990.



WILHELM BUSCH, MAX Y MORITZ, ANAYA, 1990.

ducibles; no me podía imaginar que yo misma, tres años después, comenzaría con la tarea de traducir no sólo *Max y Moritz*, sino un total de diez historias de Wilhelm Busch.<sup>1</sup>

### El clásico «rebelde» de la LIJ alemana

Los motivos que me han animado a hacerlo han sido muy diversos. En primer lugar, considero a Wilhelm Busch un autor extraordinario, tanto por el ingenio de sus pegadizos versos como por la expresividad de los dibujos que les acompañan. A esto se añade el sorprendente contenido de sus historias que ponen en tela de juicio el mundo de sus coetáneos, especialmente de los burgueses, observando además una distancia irónica, escondida a veces, hacia la educación de su época. Esto lo consigue, en

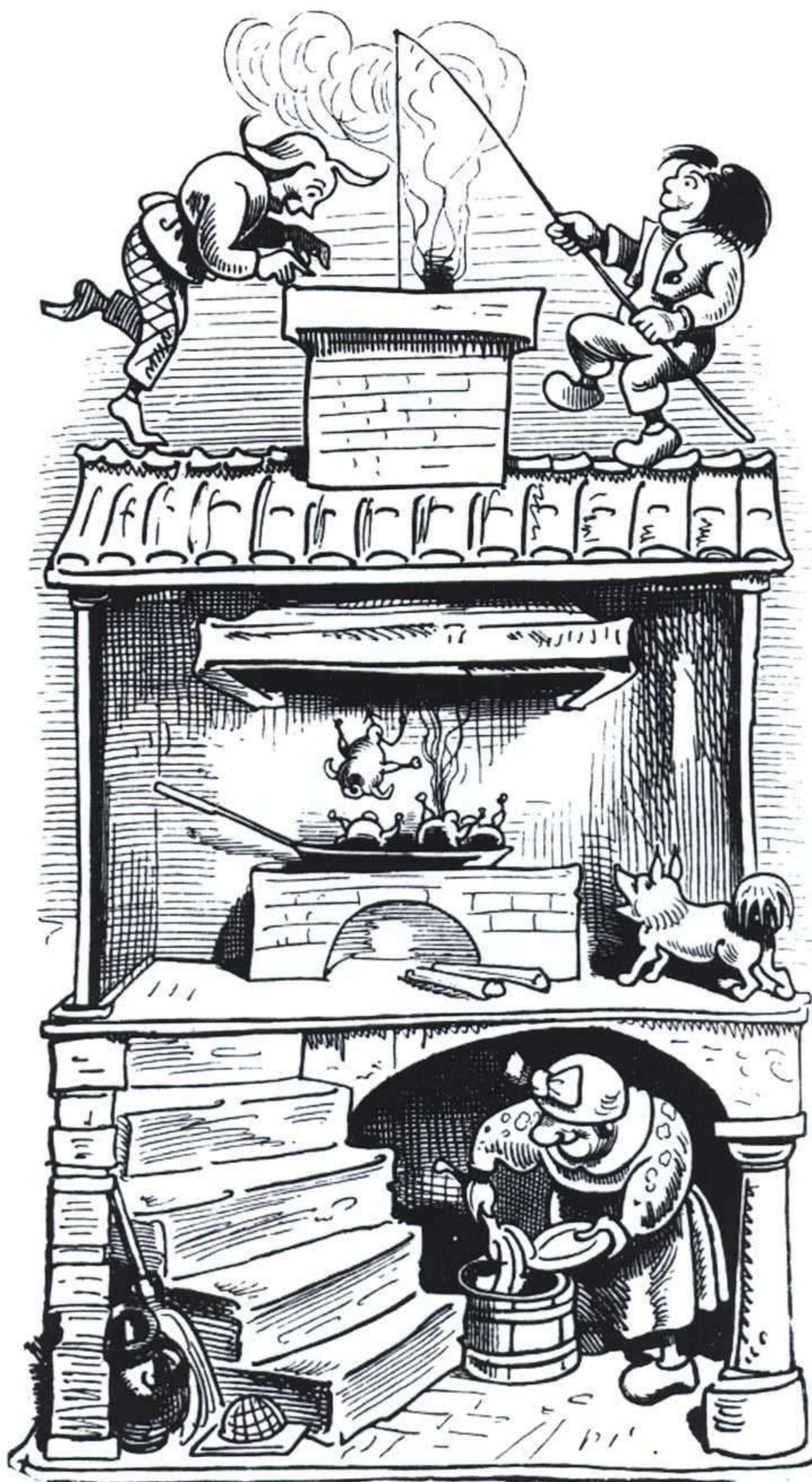
helm Busch está considerado como el padre del cómic. Más aún, el dinamismo con que dota a veces a sus figuras y el surrealismo que, en ocasiones, tienen sus dibujos no ha sido, a mi parecer, superado. Grandes ilustradores de hoy: Maurice Sendak o Tomi Ungerer, por ejemplo, reconocen haber aprendido mucho de Busch.

También me ha impulsado a traducirlo la enorme popularidad de la que goza en Alemania. He hablado con muchos niños y ex niños. Todos le conocen y he visto brillo en los ojos de muchas personas mayores al recordar sus experiencias y su gozo en la lectura de Wilhelm Busch. Esto me ha hecho pensar que lo mismo podría suceder con los niños españoles, pues las diferencias de mentalidad de las que algunos hablan, en mis experiencias como profesora y autora de libros juveniles e infantiles, no las he notado apenas. Lo que gusta a

ción ha tenido para mí algo de reto: ¿seré capaz de conseguir pasar en verso, en versos pareados consonantes —como están en el original— las historias de Busch, conservando su humor, su sentido y sin que el que las lea tenga la impresión de que se trata de una traducción?

### Dos chicos malos: Max y Moritz

Y he comenzado con la tarea. A veces he tenido que recrear. Voy a dar algún ejemplo de cómo lo he hecho y a la vez voy a hablar de dos historias, interesantes ambas, en las que creo puede verse el doble fondo interpretativo al que antes he aludido, e introduciré, al mismo tiempo, en mi relato algunos fragmentos de mi versión española. Las dos historias que trataré son la famosísima *Max y Moritz* y la muy conocida también y a mi pare-



WILHELM BUSCH, MAX Y MORITZ, ANAYA, 1990.

cer todavía más lograda *Plisch und Plum*. Max y Moritz están presentados por Busch como dos chicos malos y rebeldes, que de nadie hacen caso, se burlan de la gente y roban frutas de los árboles de sus vecinos. Hacen, además, sufrir a los animales y no pueden estarse quietos

ni en la escuela ni en la iglesia. Termina Busch el «Vorwort» («Prólogo»), probablemente para prevenir el excesivo escándalo de los lectores adultos, con la advertencia de que Max y Moritz serán al final terriblemente castigados. Yo lo he traducido así:

## «Prólogo

¡Ay, señor, lo que hay que oír y algunos han de escribir sobre chiquillos tan malos que sólo merecen palos! Como sucede con estos que veis aquí tan bien puestos.

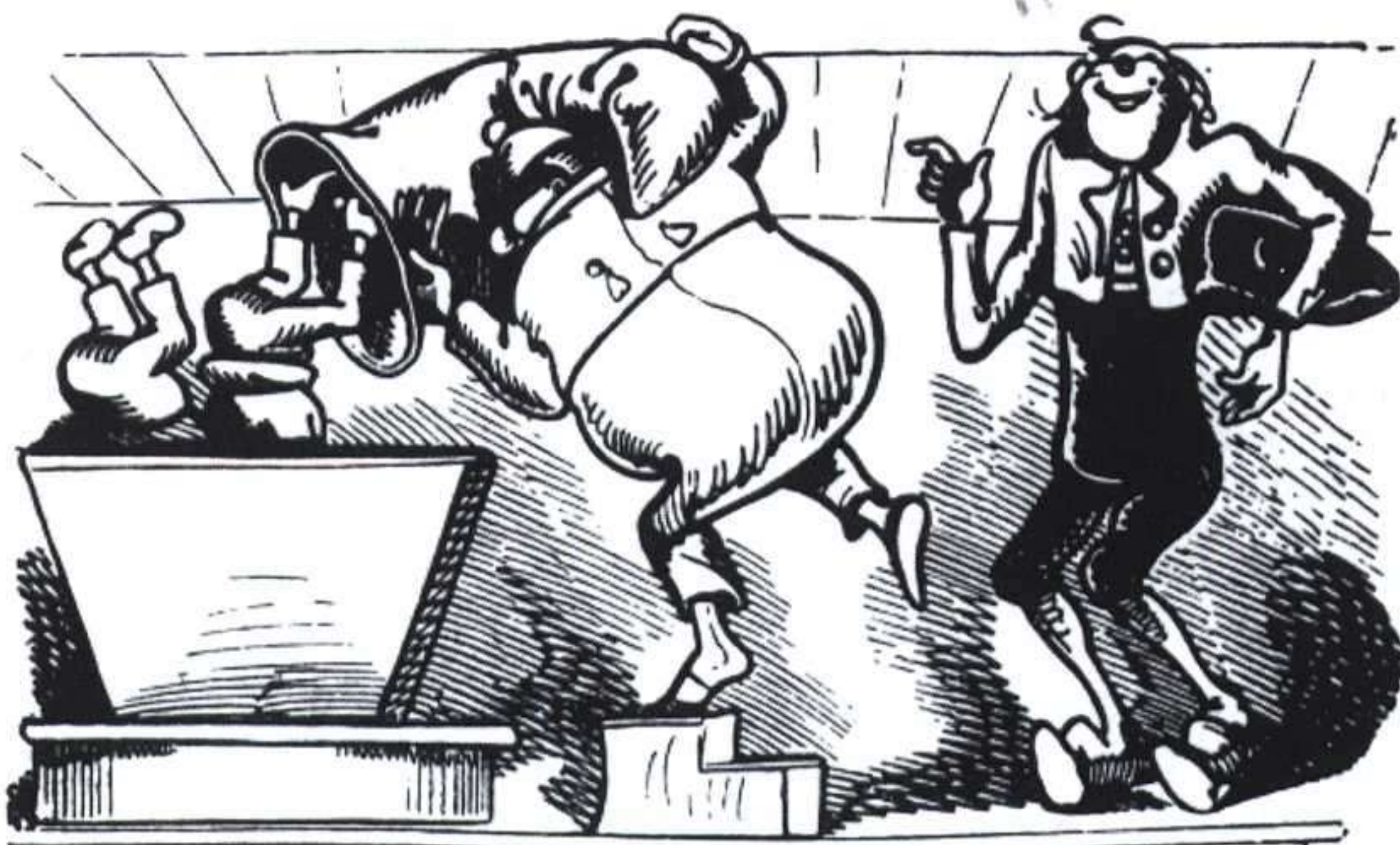
Max y Moritz son llamados y están un rato endiablados. No escuchaban el consejo ni del sabio ni del viejo. De educarlos no hubo modo, pues se burlaban de todo. En cambio para maldades tienen grandes facultades: lo que pasa por su mente es hacer rabia a la gente, y su juego principal es que sufra el animal. Robar manzanas y peras también les gusta de veras, y ello los divierte más que ir a misa de San Blas, pues estar allí formales es el peor de los males. ¡Ay, Dios, que su fin ya veo tan triste que apenas creo...! Y, para escarmiento vivo su historia pinto y escribo.»

Y comienzan las travesuras. La primera cuesta la vida a las aves (tres gallinas y un gallo) de la viuda Bolte, que, al encontrarlas muertas colgadas de un manzano, prorrumpe en desconsolados lamentos, clara parodia de las quejas románticas de la época:

«Fließet aus dem Aug', ihr Tränen!  
All mein Hoffen, all mein Sehnen  
meines Lebens schönsten Traum  
hängt an diesem Apfelbaum!»

«¡Llorad, mis ojos, llorad!  
¿Quién pudo hacer tal maldad?  
Mi esperanza, mi ilusión,  
destrozadas todas son.  
El trabajo de mi mano  
pende ahora de un manzano.»

La segunda travesura empieza con la decisión de la viuda, pasada la primera pena, de aprovechar sus adoradas aves para un asado. Busch describe la situación con divertida ironía, que he tratado de conservar en mi traducción:



«Als die gute Witwe Bolte  
sich von ihrem Schmerz erholte,  
dachte sie so hin und her,  
daß es wohl das beste wär',  
die Verstorb'nen, die hienieden  
schon so frühe abgeschieden,  
ganz im stillen und in Ehren  
gut gebraten zu verzehren.  
Freilich war die Trauer groß,  
als sie nun so nackt und bloß.»

Abgerupft am Herde lagen,  
sie, die einst in schönen Tagen  
bald im Hofe, bald im Garten  
lebensfroh im Sande scharften.  
Ach, Frau Bolte weint aufs neu,  
und der Spitz steht auch dabei.  
Ach, Frau Bolte, weint aufs neu.»

«Aunque algún tiempo le cuesta,  
la viuda, ya algo repuesta,  
va olvidando la tristeza,  
y pasa por su cabeza,  
que sus aves tan queridas,  
de nuevo, bien reunidas,  
tendrían entierro honroso  
en un asado sabroso,  
recibiendo así alabanzas,  
de algunas alegres panzas.»

Claro está, siente aún dolor  
grande, como fue su amor,  
al ver allí desplumadas  
a sus gallinas amadas,  
que muy poco tiempo atrás  
gozaban como el que más  
picoteando en la arena  
para hallar comida y cena.  
Frau Bolte, ay, de nuevo llora  
y el chucho triste está ahora.»



WILHELM BUSCH, MAX Y MORITZ, ANAYA, 1990.

A continuación aparece la genial y divertida ilustración en la que el dibujante, mediante un corte en la casa, nos deja ver a la viuda en el sótano; el asado, dorándose en la sartén en el primer piso y a Max y Moritz sobre el tejado, pescando, a través de la chimenea, los pollos con un anzuelo. A ésta siguen otras travesuras (siete en total), bastante malvadas algunas, en las que los endiablados chicos hacen sufrir a sus convecinos. Y al final, como ya anunciaba el prólogo, ha de llegarles el castigo. ¿Cuál podrá ser? Una fuerte azotaina la tendrían más que merecida; pero el castigo que Busch les da es, a primera vista, mucho más cruel: el campesino, al que habían abierto un agujero en el sa-

co con el que quería transportar su trigo al molino, descubre a los autores de la travesura y los arroja en el saco. En él los lleva al molino y pide al molinero que se lo muele pronto. Max y Moritz son arrojados en el embudo donde se tritura el trigo. ¡Que horror! El corazón del niño se encoge ante esta terrible escena, a la vez que goza del placer que los niños, queramos o no, sienten ante lo cruel. Pero... ¿qué es lo que sale de la molienda? Nada de sangre ni de miembros destrozados ni de huesos rotos. Unos limpios granitos, en cambio, que, esparcidos por el suelo, toman la inconfundible forma de Max y Moritz sin que siquiera le falte a uno de ellos el mechón de pelo rebelde característico. Allí están de nuevo los traviesos chiquillos. El niño lector vuelve a tenerles delante. Antes los había visto pintados con rayas, ahora lo están a base de granitos. Así el castigo cruel se ha convertido en chiste disparatado y surrealista.

## Dos perros traviesos: Plisch y Plum

El éxito de *Max y Moritz* (1865) es enorme, a pesar de que algunos pedagogos de su tiempo lo consideraron en el momento de su aparición un libro peligroso de cuyos daños había que prevenir. Quizá por eso en *Plisch und Plum* (1882) los protagonistas de la historia no son dos chiquillos sino dos perritos los autores de las travesuras y de los desaguisados. La historia comienza, cuando el dueño de los perros, un desagradable y egoísta burgués, decide arrojarlos para que se ahoguen en un lago, pensando que no le traerán ningún beneficio económico y sí, en cambio, gastos y disgustos. El ruido que hacen al caer al agua da origen a sus nombres: «¡Plisch!», hace el perrito largo y delgado. «¡Plum!», el pequeño y gordito. Pero dos chiquillos, Paul y Peter, que iban a darse allí un baño, ven la maniobra y los salvan. Con ilusión los llevan a su casa. El padre no está nada entusiasmado con los nuevos huéspedes; pero, gracias a los ruegos de la bondadosa madre, consiente en que se queden.

Y ya aquella misma noche comienzan

las travesuras de los simpáticos perritos, que, con la colaboración a veces también de los niños, traen inquietud a la casa, problemas con los vecinos y perjuicios económicos al pobre padre. Después de cada travesura aparece en escena el antiguo dueño de los animalitos, gozándose de la desgracia ajena y dice, frotándose las manos: «Fatal lo que paso aquí, pero ¡no lo es para mí!».

El padre, abrumado por los problemas que los perros y sus hijos también le están causando —y aquí comienza la parte de doble fondo de interpretación de la historia—, busca desesperadamente una solución. Para los perros es una perrera en la que aparecen atados con cadenas. Para los chicos, la solución es la escuela.

En la escena siguiente aparecen Paul y Peter ante el educador elegido. Es éste un imponente maestro, grueso y fuerte, que les recibe con palabras aleccionadoras y amables.

«... —Mi pareja tan querida, hoy os doy la bienvenida y, con toda fuerza, espero, que os portéis como yo quiero. Los ojos y los oídos a mí han de estar dirigidos. Primero: vais a aprender a sumar, restar y leer y contar con la cabeza cada vez con más presteza, que así el hombre alcanza honor y vive con buen humor. Segundo: ¿Vale algo esto sin comportamiento honesto, amable y bien educado para estar siempre apreciado? Pues aquel que hace maldades sólo halla dificultades. Y ahora llego a mi final: hay que abandonar el mal, volver los ojos al bien, queridos niños Belén. Y si es que no he hablado en vano, miradme, dadme la mano y decid, si estáis de acuerdo: “Así es, maestro Pastuerdo”.»



WILHELM BUSCH, «PLISCH Y PLUM», EN MAX Y MORITZ, ANAYA, 1990.

Paul y Peter no están, desde luego, nada convencidos:

«Paul und Peter denken froh:  
Alter Junge bist du so?  
Keine Antwort geben sie,  
sondern machen bloss hihi!»

«Paul y Peter, divertidos,  
no están nada convencidos:  
pues que te crees tú eso  
que nos las darás con queso...  
Ya quieren decir: ¡Adiós!  
Ji, ji, ji, ríen los dos.»

Entonces el maestro cambia de táctica y, después de unas irónicas palabras, les propina una terrible paliza. Después de ella, vuelve a preguntarles si están de acuerdo:

«—Claro está, señor Pastuerdo.  
Son dos rápidas respuestas,  
las manitas a Dios puestas.»

De pronto, en la ilustración siguiente, nos encontramos con un Paul y un Peter desconocidos: bien peinados, bien vestidos, bien calzados e incluso con sendos

sombreritos. No son niños ya, se han convertido en dos pequeños adultos. Y ellos serán ahora los educadores de Plisch y Plum y por el mismo método de su maestro, esto es, a base de palos. Lo consiguen: Plisch y Plum se vuelven obedientes, sumisos, amaestrados.

A partir de entonces todo sucede de manera, en apariencia, feliz. La gente encuentra encantadores a Peter y Paul y los perros gozan del aprecio de todos:

«... und, wie das mit Recht geschieht,  
auf die Kunst folgt der Profit.»

«... pues es, desde luego, un hecho  
que al arte sigue el provecho.»

Y paseando un buen día el padre con los cuatro, se encuentran con un adinerado turista inglés:

«Los parajes recorriendo

y en su telescopio viendo,  
va un míster adinerado  
que, poco antes, se ha pensado:  
“¿Por qué no he yo de mirar  
lejos, hacia otro lugar?”  
Bello es todo lo de fuera,  
|que aquí estoy quiera o no quiera.»

La ironía de Busch hacia aquellos que no se interesan por lo cercano y desean ver siempre solamente lo que está lejos es clara. Ironía que hoy, época del turismo de masas, tendría aún más vigencia. Pues bien, cuando el míster, por mirar hacia la lejanía, cae en un gran charco, los perros, serviciales y obedientes ahora, se lanzan al agua a recoger su sombrero y su telescopio, que habían quedado allí. El inglés, admirado ante los educados animales, propone al padre comprárselos a buen precio. El padre acepta encantado. Por vez primera van a procurarle los perritos una ventaja económica. Y Paul y Peter no protestan... Como en otros capítulos también en éste aparece el dueño anterior de Plisch y Plum; pero esta vez no se alegra. Los perros, que él había desechado, han resultado una fuente de riqueza; pero no para él... Y:



WILHELM BUSCH, «PLISCH Y PLUM», EN MAX Y MORITZ, ANAYA, 1990.

«Un pinchazo al corazón  
le hace dar un tropezón,  
y así se cayó el malvado  
al agua, y allí ha quedado.»

A primera vista podría pensarse en un final feliz: el malo es castigado y justamente en el mismo lugar donde el había arrojado al agua a sus perritos. La familia de Paul y Peter recibe una recompensa. Plisch y Plum van a vivir en la abundancia. Pero, por otra parte, creo que debemos preguntarnos si es tan feliz este final. Paul y Peter han dejado de ser niños naturales y espontáneos; los perros de ser animales alegres y libres, y el dinero —¡ay, el dinero!— ha separado a muy buenos amigos. ¿Final feliz? Recordemos el texto y las ilustraciones: la fingida amabilidad del maestro, al principio, y su brutalidad, luego; la cursi pos-

tura y falsa expresión de los niños «educados»; el cruel adiestramiento de sus perros y la separación por el dinero al final no nos dejan del todo felices.

## Crítica a la educación represiva

Como habíamos visto, *Max und Moritz* termina con el castigo. *Plisch und Plum* con la recompensa. Pero, a mi parecer, Busch se distancia y se burla un poco de ambas cosas. Tanto en una obra como en la otra encontramos un aparente discurrir de la narración, dentro de las normas educativas de la época, y, a la vez, una ironía y crítica velada de la educación represiva. Busch veía, sin duda, los pros y los contras que consigo lleva la educación. A mí me han impresionado dos ideas, contradictorias en apariencia, que a mi entender aclaran un poco su posición. Busch escribe: «Prefiero casi los lumpen a los adaptados convencionales». Pero dice también: «No deben despertarse en el corazón del niño deseos que, más tarde, no podrá realizar ni sembrar en su pecho añoranzas que luego, en la vida, bajo circunstancias dadas, van a hacerle desgraciado». Triste es, a veces, la educación, ese tener que adaptarse; pero, ¡qué remedio!, necesaria lo es también.

Como sucede con muchas grandes obras, también estas dos de Busch —sobre todo *Plisch und Plum*— son ambivalentes y si comparamos tanto el castigo como la recompensa en ellas con otros castigos, recompensas y «finales felices» de las obras de su tiempo, nos damos cuenta de la genialidad de Wilhelm Busch y también de la razón por la que su obra ha tenido tal éxito y ha sobrevivido a su época.

Unas palabras todavía referentes a cómo he realizado la traducción de los nombres de los distintos personajes. En algunos casos los dejé como en el original alemán: Max y Moritz, Plisch y Plum, viuda Bolte..., entre otras razones, porque no ofrecía dificultad su lectura en español. En otros, como el del famoso maestro Lämpel, con sus dos puntitos sobre la *a*, que podían ofrecer dificultad para su lectura en España, cambié su nombre por «Lemplo». Y así, como Busch lo rima con «Exempel», yo lo he podido rimar muy bien con «jem-

plo». Al sastre Böeck, también con su diéresis sobre la *o*, y muy cerca de «Bock», macho cabrío, del que Max y Moritz se burlan diciendo: «He, heraus! Du Ziegen-Boeck! Schneider, Schneider meck, meck, meck!», le he llamado en español «sastre Cabre» y así los chicos le gritan: «Sastre Cabre, me, me, me», aludiendo también a la cabra y burlándose de la misma manera. También he imitado, en mi traducción el original de Busch, que acentúa a veces falsamente una palabra con lo que consigue la rima y logra al mismo tiempo un efecto de comicidad. Max y Moritz, por ejemplo, echan en la pipa del maestro «polvora» y no «pólvora»:

«Y, en su pipa, echan ahora  
un puñado de polvora.»

O, cuando se habla de la ridícula vecina, que ve, horrorizada, a Plisch y Plum, revolcándose en sus flores, yo traduzco:

«Son flores de la vecina,  
que ahora, desde la cocina,  
ve un terrible *espectaculo*  
de Plisch y Plum, allí el c...»

Estas licencias poéticas me costaron una lucha con las computadoras, que, con su inteligencia artificial, se empeñaban una y otra vez en acentuar correctamente estas palabras. Deseo que mi traducción de la selección de Busch sirva para dar a conocer en España a un autor verdaderamente excepcional y niños —y mayores también— puedan gozar con su lectura. Y, en su relación con Alemania, con los alemanes, sepan entender las alusiones a la obra, a los personajes de Busch y decir en español o acaso después en alemán: «Yo también leí y goce de chico a Wilhelm Busch» («Ich habe als Kind auch Wilhelm Busch gelesen und genossen»). ■

\* Mercedes Neuschäfer-Carlón es escritora y traductora.

### Notas

1. Wilhelm Busch, *Max y Moritz* (y otras 9 historias), trad. y apéndice a cargo de Mercedes Neuschäfer-Carlón, Madrid: Anaya, 1990. Todos los versos castellanos que aparecen en este artículo provienen del citado volumen.



WILHELM BUSCH, «PLISCH Y PLUM», EN MAX Y MORITZ, ANAYA, 1990.